

Shakespeare y Cía.

¿Fue William Shakespeare el actor de Stratford, hijo de John, un rústico fabricante de guantes y ocasional comerciante ilegal de lanas y de Mary Arden, probablemente también iletrada, el verdadero autor de sus obras? ¿El más renombrado escritor de todos los siglos; quien según Harold Bloom definió para siempre el estándar y los límites de la literatura? ¿O se oculta tras su nombre otro autor o autora, como se especula desde el siglo XVIII, quizá Sir Francis Bacon, llamado el bardo secreto; o Edward de Vere, décimo séptimo Earl de Oxford; o Mary Sidney, Condesa de Pembroke? Poco importa, dirán algunos críticos postmodernos. Para ellos, no sólo la figura del autor está muerta; la propia idea del hombre como sujeto histórico estaría desapareciendo cual “rostro dibujado en la arena a orillas del mar”, según escribió Foucault. Pero, ¿es cierto esto? Sartre, en su monumental “Idiota de la Familia”, se pregunta a propósito de Flaubert: ¿qué podemos saber, hoy, acerca de este hombre? Luego dedica más de mil páginas a averiguarlo. Sobre Shakespeare se ha escrito muchísimo más; a su alrededor se ha instaurado una verdadera industria de papel. Una parte de esta producción está dedicada a elucidar el misterio de la Shakespeare Authorship Question, que suma ya más de 300 mil páginas en Internet. Quizá la más reciente y detectivesca aportación a este asunto sea el libro de James y Rubinstein, “The Truth Will Out” (2005). Tras un minucioso análisis de los textos shakesperianos, ellos concluyen que su genio procreador es, indubitadamente, Sir Henry Neville (1562-1615). ¿Quién? Un conspicuo y bien educado propietario de tierras, miembro del Parlamento, embajador de Su Majestad ante el Rey de Francia, hombre de letras e intrigas (pasó tres años en la cárcel acusado de complotar contra la Reina Isabel), viajero y director de compañías mercantiles. ¿Dónde reside el peso de la argumentación? No tanto en su defensa de Sir Henry como autor, sino en su alegato contra Shakespeare como tal. Esencialmente, alegan, él no pudo ser el autor de los sonetos y las piezas teatrales que se le atribuyen debido a su escaso capital cultural heredado; su exigua educación formal (5 años en la escuela local) y el parroquialismo de sus experiencias vitales (hasta donde se conocen). Tan reducido mundo de vida sería incompatible con un autor que usó 18 mil palabras distintas en sus obras (el doble que el muy educado Milton),

creó 1.500 nuevos términos del idioma inglés, se apoyó en más de 200 obras clásicas y posteriores, debió dominar tres idiomas modernos (francés, italiano y español), hubo de conocer *in situ* al menos cinco ciudades italianas (no hay registro de que Shakespeare hubiese jamás abandonado su isla, “This precious stone set in the silver sea”), que exhibe un avanzado entendimiento de asuntos legales y científicos (particularmente la astronomía), se hallaba familiarizado con la corte y los juegos del poder, y parece entendido en varios temas aristocráticos como la heráldica, cierta jardinería y la halconería. Hecho el trabajo de demolición (hay más argumentos que los reseñados aquí), sin embargo la construcción de Sir Henry como verdadero autor es débil, igual como resulta poco creíble la explicación de por qué este noble habría preferido encubrirse tras la tosca figura de William Shakespeare. ¿Qué podemos saber hoy, entonces, de un hombre de fama, llámese William o Henry? Poco más que conjeturas, según estos recientes descubrimientos. *Sic transit gloria mundi*.

José Joaquín Brunner

26 Febrero 2006